

CARTA DEL OBISPO

ADVIENTO, TIEMPO DE LA ALEGRE ESPERANZA

+Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

El Adviento es tiempo de la alegre esperanza, que nos prepara a la fiesta de la Navidad. Durante el Adviento domina la atmósfera de la alegría, de tal manera que el tercer domingo de Adviento se llama precisamente “domingo de la alegría”, *domingo “gaudete”*, porque así empieza la antífona de entrada del Misal Romano, que recoge la exhortación de San Pablo a la alegría en su carta a los Filipenses: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca” (Filipenses 4, 4-5).

La alegría y la felicidad son fundamentales en el Cristianismo, que es por esencia *evangelio*, es decir, buena noticia. Pero la alegría verdadera está en el Señor. El mundo moderno ha logrado multiplicar las ocasiones del placer, pero es incapaz de engendrar la verdadera alegría, que tiene origen espiritual, tiene su fuente en Dios.

Dos de las grandes figuras del Adviento, Juan Bautista y la Virgen María, apuntan a Cristo desde el que son comprensibles. Celebrar el Adviento significa despertar a la vida la presencia de Dios oculta en nosotros. El profeta Juan Bautista y la Virgen María nos enseñan a hacerlo. Para ello hay que andar un camino de conversión, de muerte al pecado y de adhesión a Cristo. Andando ese camino, somos capaces de ver la maravilla de la gracia, y aprendemos que no hay alegría más luminosa para el hombre y para el mundo que la de la gracia, que ha aparecido en Cristo y que celebramos en la Navidad. El mundo no es un conjunto de penas y dolores; toda la angustia que existe en el mundo está amparada por una misericordia amorosa, está dominada y superada por la benevolencia, el perdón y la salvación de Dios. Quien celebra así el Adviento, podrá hablar con derecho de una Navidad feliz, bienaventurada y llena de gracia. Y comprenderá cómo la verdad contenida en la felicitación navideña es algo mucho mayor que un sentimiento romántico y costumbrista.

¿Cómo testimoniar la alegría en Adviento y en Navidad?. San Pablo, después de haber exhortado a los cristianos a “alegrarse siempre” (Filipenses 4, 4), añade inmediatamente: “Que vuestra afabilidad o magnificencia sea conocida por todos los hombres”.

La palabra *afabilidad* indica aquí todo un conjunto de actitudes hechas de indulgencia, de bondad de ánimo, de capacidad de saber ceder. Los creyentes testimonian la alegría cuando evitan toda acritud y pique personal, cuando saben irradiar confianza. Quien es alegre no es áspero y duro, no siente la necesidad de tener que puntualizar todo siempre, sabe relativizar las cosas, porque conoce algo que es mucho más grande. A veces nos cuesta encontrar esa alegría, pero siempre merece la pena mirar hacia adentro y vivir la alegría de saber que tenemos a Dios con nosotros y que nos acompaña siempre. El gran ejemplo lo encontramos en María. Permanezcamos alegres a la espera del Señor, que viene a salvarnos en la Navidad.